

Presencia de Raúl Herrera



ENRIQUE FRANCO CALVO



*Nostalgia
de la selva,
1999-2000,
óleo/tela,
140 x 110 cm*



Dragón
escondido,
1991,
tinta china en
papel de arroz
encolado en tela
con pigmentos
al temple
120 x 150 cm

Acerca de los orientalismos

Las relaciones con los pensamientos y las culturas de Oriente se establecieron desde épocas muy tempranas en México. Valga traer a la memoria la importancia del Galeón de Acapulco, que trajo a América imágenes, libros, telas, tibores, marfiles, porcelanas y muebles hoy día objeto de veneración en colecciones públicas y privadas. En nuestra historia contemporánea señalemos los nombres de los pintores japoneses Tamiji Kitagawa, quien colaboró en las Escuelas de Pintura al Aire Libre en la década de los veinte, o el de Kazuya Sakai, quien actualmente vive en Nueva York pero que trabajó cerca de la generación que hoy llamamos de la Ruptura en México durante los sesentas. Si bien estos dos ejemplos sólo ofrecen un panorama del contacto entre nipones y mexicanos, lo cierto es que de nuestro lado la atención hacia Oriente se ha centrado en lecturas de libros como *Las mil y una noches* o los poemas de Lao-Tsé, entre otros temas que han interesado a escritores como José Juan Tablada, quien en sus memorias más de una vez habla de su fascinación por las cajas chinas u objetos orientales que compraba en tiendas de antigüedades o en mercados de cosas usadas. Pero la lista de escritores es más amplia:





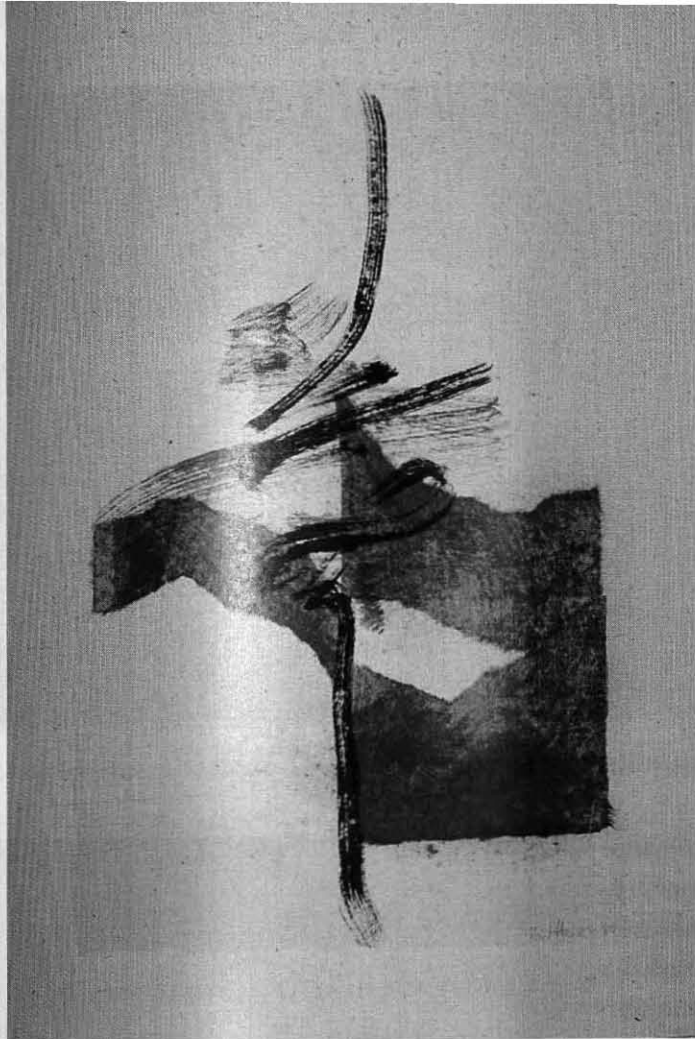
*Dragón
escondido,
1991,
tinta china en
papel de arroz
encolado en tela
con pigmentos
al temple
120 x 150 cm*

Acerca de los orientalismos

Las relaciones con los pensamientos y las culturas de Oriente se establecieron desde épocas muy tempranas en México. Valga traer a la memoria la importancia del Galeón de Acapulco, que trajo a América imágenes, libros, telas, tibores, marfiles, porcelanas y muebles hoy día objeto de veneración en colecciones públicas y privadas. En nuestra historia contemporánea señalemos los nombres de los pintores japoneses Tamiji Kitagawa, quien colaboró en las Escuelas de Pintura al Aire Libre en la década de los veinte, o el de Kazuya Sakai, quien actualmente vive en Nueva York pero que trabajó cerca de la generación que hoy llamamos de la Ruptura en México durante los sesentas. Si bien estos dos ejemplos sólo ofrecen un panorama del contacto entre nipones y mexicanos, lo cierto es que de nuestro lado la atención hacia Oriente se ha centrado en lecturas de libros como *Las mil y una noches* o los poemas de Lao-Tsé, entre otros temas que han interesado a escritores como José Juan Tablada, quien en sus memorias más de una vez habla de su fascinación por las cajas chinas u objetos orientales que compraba en tiendas de antigüedades o en mercados de cosas usadas. Pero la lista de escritores es más amplia:



Espejismos,
1983,
collage y tinta
china/papel
de arroz montado
en tela,
45 x 35 cm



pienso en Salvador Elizondo con su *Farabeuf* o en Octavio Paz y su deslumbramiento ante la India, que pueden ser en este ensayo otros dos ejemplos notables.

En el caso de la plástica mexicana reciente, resulta sumamente atractivo observar obras que si bien no siempre se inscriben dentro de lo que podría ser una "filosofía" oriental, sí abordan cuando menos temáticas o imágenes al respecto. Pienso en los luchadores de sumo de Yishai Jusidman, en los animales-planta de Georgina Quintana y en las imágenes de demonios chinos y dolor provocados por tormentos que ha realizado Carla Rippey.

A veces, en el caso de estos artistas, no hay un conocimiento exhaustivo de la materia, pese a que hayan realizado lecturas o viajes

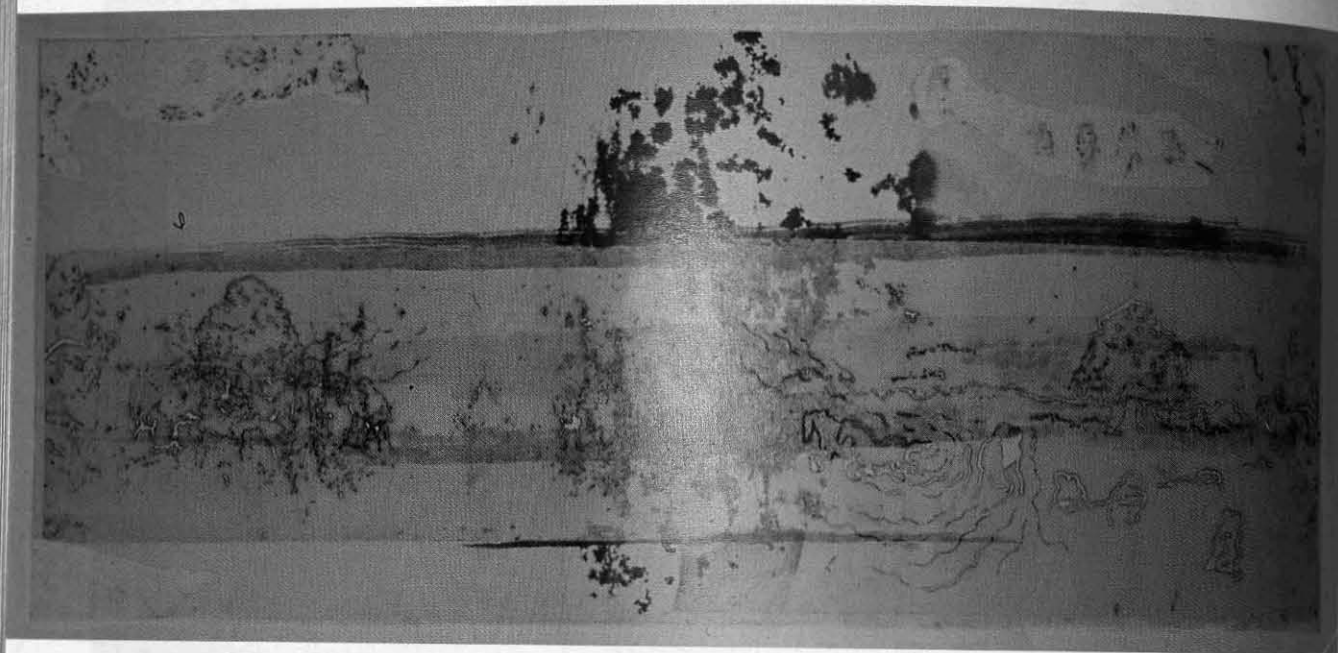
vinculados con ella. Generalmente se trata de una atracción intensa que esos creadores han sentido por imágenes budistas, mitologías o ritos chinos o japoneses, o por las ideas del erotismo y sus variedades, entre ellas la del amor, o por todo ello junto.

En este marco, el caso de Raúl Herrera resulta significativo. Herrera se ha ejercitado con disciplina en las artes marciales y ha estudiado las culturas china y japonesa. Se trata de un mexicano que practica el gesto pictórico, pues, al tiempo que con ejercicio domina su cuerpo y sus impulsos, logra realizar una obra plástica donde el momento de ejecución es determinante. Debe añadirse que en su pintura encontramos varias actitudes inspiradas en el respeto a la naturaleza y la admiración por el cosmos, que se mezclan con una concepción occidental del arte: depuración y propuesta. Quiero aquí narrar una anécdota para hacer más comprensible mi idea y que se relaciona con una moraleja milenaria. Hace un par de meses, al observar una hermosa tinta que me sugería el combate entre dos luchadores, le pregunté a Raúl Herrera que en cuánto tiempo la había producido. Me respondió: "¿Hacerla?... en tres segundos... ¿Lograrla?... cincuenta años."

De Oriente en Occidente

Sobre la obra de Raúl Herrera han escrito los críticos de arte más destacados de México como Juan García Ponce, Jorge Alberto Manrique, Carlos-Blas Galindo, Luis Cardoza y Aragón, Teresa del Conde, Raquel Tibol y Luis Carlos Emerich, entre otros. Herrera es un artista hecho, un pintor conocido y respetado dentro de su medio, cuya actividad siempre se ha orientado a la creación. Su obra se caracteriza por una tendencia a ocuparse de asuntos orientales que muy pocos artistas de estas latitudes han encarado como él lo ha hecho. Desde muy joven se acercó a disciplinas milenarias como el *tai chi chuan*, de la que se convirtió en experto. Pertenece a una generación plástica muy cercana a la de la Ruptura.

Águila,
1992,
tinta china y
pigmentos/tela,
140 x 110 cm



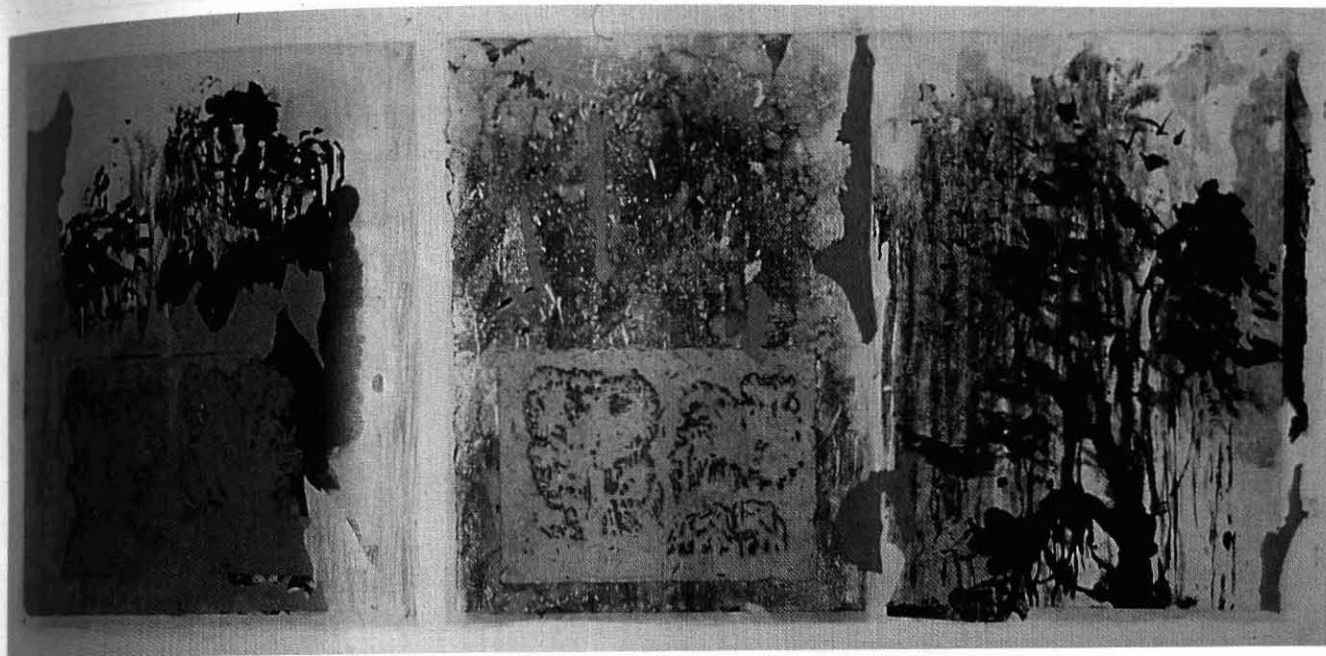
Reflejos del tiempo, 1999, tinta china y pirograbado/papel chino, 36 x 108 cm

Como sabemos, ésta se enfrentó a los discursos cansados de la Escuela Mexicana y buscó la liberación de la expresión plástica. Entre los nuevos lenguajes que en los sesentas empezaron a predominar, la pintura no figurativa encontró por fin en México su lugar de residencia. Herrera presenció los cambios registrados en las estéticas, que al iniciarse la segunda mitad del siglo XX se comparaban con campos de batalla donde se enfrentaban generaciones con puntos de vista distintos. Pero la de Herrera, donde podemos contar a Emilio Ortiz, Francisco Toledo, Ignacio Salazar y otros, no tuvo que sostener enfrentamientos, pues sus antecesores ya habían dejado libre el camino para la multiplicidad de discursos visuales. Gracias a tal ambiente fue posible también el desarrollo de la propuesta de Raúl Herrera, ya que ésta, remarquemoslo, se ha definido dentro de la plástica nacional por su carácter independiente y un lenguaje muy personal. Su independencia radica en que no ha tenido que formar grupos o escuelas para desenvolverse en los espacios consagratorios del arte de nuestro país, sean el Museo de Arte Moderno, el Museo del Palacio de Bellas Artes u otros. Y su estilo peculiar se vincula precisamente con algo que para la pintura abstracta es fundamental: la contundencia del gesto. Me explico: la obra de Raúl Herrera es el resultado de un estado de ánimo y de una situación



Cascada,
1999,
tinta china/
papel chino,
135 x 108 cm

Luz en la selva,
1999,
óleo/tela,
30 x 60 cm



Nostalgia de la selva, 1999, tinta china, collage y pirógrafo/papel arroz, 54 x 135 cm



física. Cada trazo está cargado de un momento anímico y físico, es decir de una forma de equilibrio. ¿Por qué digo una forma de equilibrio? Porque lo que resulta fundamental en la pintura de este artista es que ninguna obra es igual a otra, si bien en todas ellas puede advertirse que fueron ejecutadas por la misma mano, aunque cada una por impulsos diferentes. Estos raptos, esta energía, son una concentración de vida que convierte a cada pintura en un momento único dentro de su producción. El pintor expresionista abstracto Jackson Pollock, por ejemplo, pudo haber adoptado esta visión que ante la pintura tiene Herrera; sin embargo, en el mexicano no hay una actitud rebelde, sino lúdica; no hay una energía desbordada, sino un control sobre la misma. Aunque sus resultados son similares, en sus bases ambos artistas son radicalmente distintos.

Generalmente se conoce a Raúl Herrera como pintor abstracto, pero esto no es del todo cierto. Su producción siempre ha incluido tanto pintura figurativa como abstracta. Hay obras que se encuentran en un, digámoslo así, doble juego, pues si bien se trata de momentos gestuales, éstos tienden a hacer formas aún reconocibles. Al respecto, destaca su serie de luchadores, creada con manchas de tinta que producen un efecto similar al de la legendaria caligrafía china.



Sierra mixteca II,
1999,
tinta/papel arroz,
60 x 90 cm

En la última exposición del artista, celebrada en céntrica galería de la ciudad de Oaxaca y titulada *Nostalgia de la selva. Últimas pinturas para el templo de la madre tierra*, cuyo título es ya revelador, encontramos todos los atributos de la buena pintura. Muchos aciertos en su juego con la tinta china y su efecto de exactitud, resultado, lógicamente, de años de práctica. Asimismo, hallamos un juego interesante, ya que el título nombra "pinturas", pero la mayor parte de las obras del grupo son básicamente tintas sobre papel montadas sobre tela. A ellas, en algunos casos, sumó "fragmentos de pintura" mediante recortes de papel que a su vez han sido producto de otras manchas de tinta. Como si quisiera construir con pegotes un universo de colores, trazos, profundidad y composición. Vale la pena insistir en este punto, pues Herrera considera que la obra está terminada sólo cuando deja de ser de su propiedad. En tanto se halle en su estudio puede sufrir cambios radicales que van desde convertirse totalmente en pedazos que se integrarán a otros cuadros hasta trocarse en soportes de fragmentos que la convertirán en una obra distinta. En la referida última exposición, pudimos observar una tranquilidad que no está divorciada de la necesidad de vivir, y vivir intensamente. Pero esa llama ardiente puede ser la contemplación o la búsqueda del yo dentro de nosotros mismos. El título, por esa razón, nos parece clave: *Nostalgia de la selva. Últimas pinturas para el templo de la madre tierra*. Herrera nos remite al paraíso fundador, pero simultáneamente ha realizado las "últimas" pinturas que servirán para adorar el lugar sagra-



Nostalgia
de la selva,
1999,
tinta china/
papel chino,
135 x 72 cm

do que es la tierra, siempre virgen y madre. Claro que puede tratarse de las "últimas pinturas" por el momento, mientras haya que esperar las siguientes. Y en el caso de Raúl Herrera ésta es la lógica de sorpresas que con su arte nos ha prodigado. ♦

Catálogos y libros consultados

Del Conde, Teresa *et al.*, *Doce expresiones plásticas de hoy*, Bancreser, México, 1988, pp. 111-121.

Del Conde, Teresa y Alberto Híjar, *Aparición de lo invisible*, Museo de Arte Moderno, México, 1991, pp. 49-53.

García Ponce, Juan, "Raúl Herrera: el camino de la tinta", en *Sábado Cultural*, suplemento de *Unomásuno*, México, 13 de octubre de 1979, p. 10.

Raúl Herrera, Museo de Arte Moderno, México, enero-febrero de 1975, s/f (con un ensayo de Jorge Alberto Manrique: "Raúl Herrera").

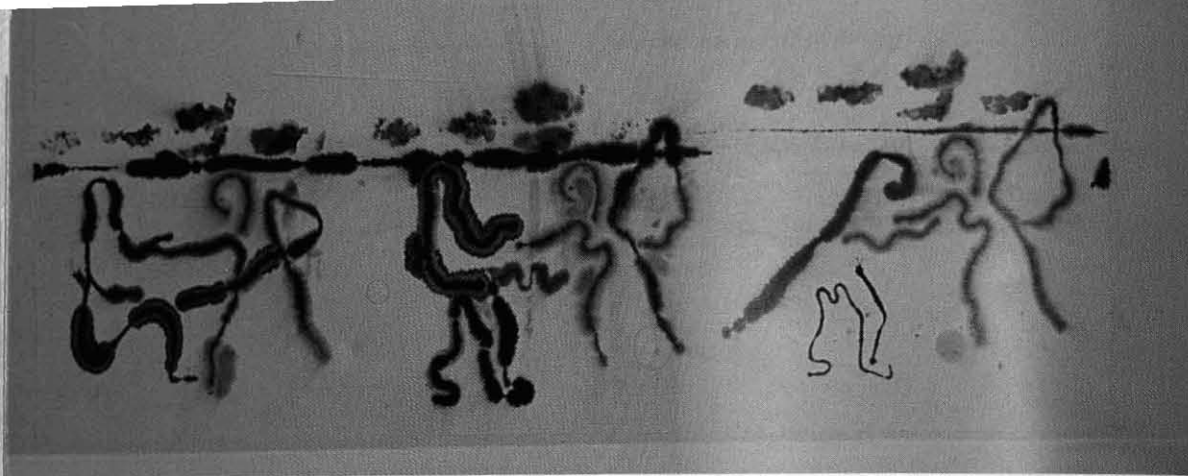
Raúl Herrera. *Nostalgia de la selva. Últimas pinturas para el templo de la madre selva*, Oaxacalli, Galería de Arte, Oaxaca, 2000 (tríptico con un texto de Carlos-Blas Galindo: "Raúl Herrera").

Raúl Herrera. *Obra reciente*, Galería Pecanins, México, febrero de 1998 (tríptico).

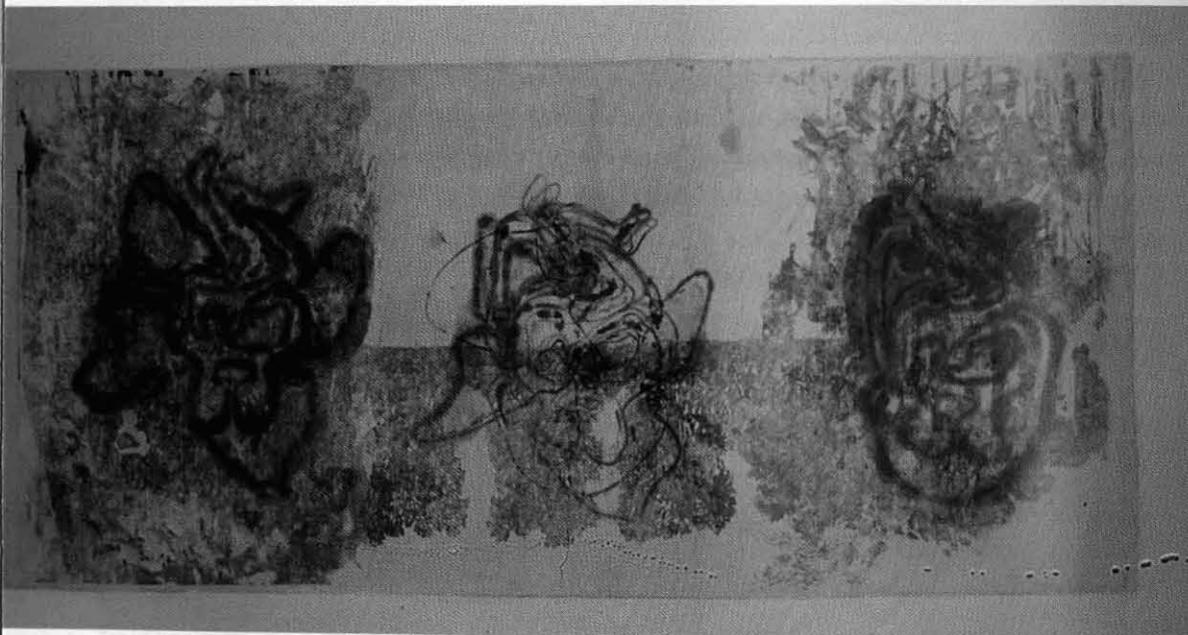
Raúl Herrera, *siete trípticos sobre el origen* (textos de Raúl Herrera y Arturo Fuentes), Galería Universitaria Aristos, México, agosto-septiembre de 1993, 26 pp.

Raúl Herrera. *Singularidades del espacio-tiempo oaxaqueño*, México, agosto de 1995 (tríptico con un ensayo de Jorge Alberto Manrique: "El gesto vivo de Raúl Herrera").

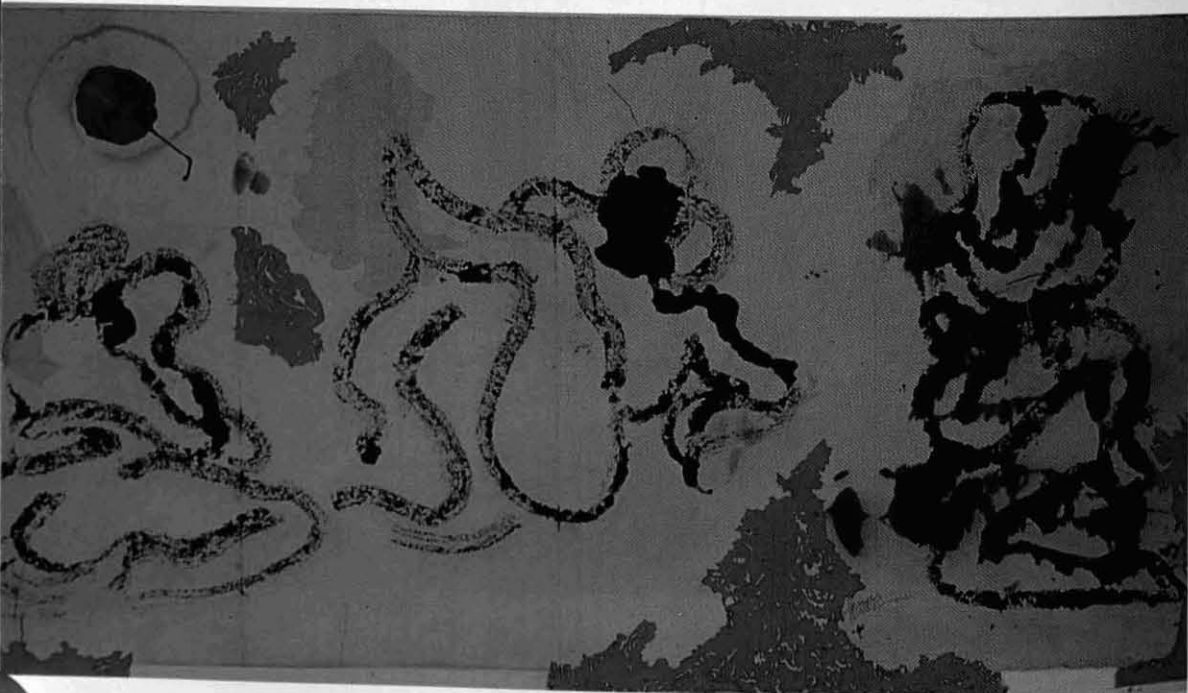




Encuentro,
1999,
tinta/papel arroz
montado en tela,
45 x 108 cm



Amantes,
1999,
tinta y collage/
tela,
54 x 135 cm



Amantes,
1999,
tinta/
papel arroz,
54 x 135 cm